

reinado no ahorcó menos de 72,000 súbditos. La lectura de la Biblia continuó prohibida á las personas del común: nueve años después de la repudiación del poder papal, declaraba un edicto del rey: «Las gentes de las clases bajas han abusado del privilegio de leer las Escrituras, por lo cual les queda prohibido hacerlo en lo sucesivo sin una licencia especial»<sup>1</sup>.

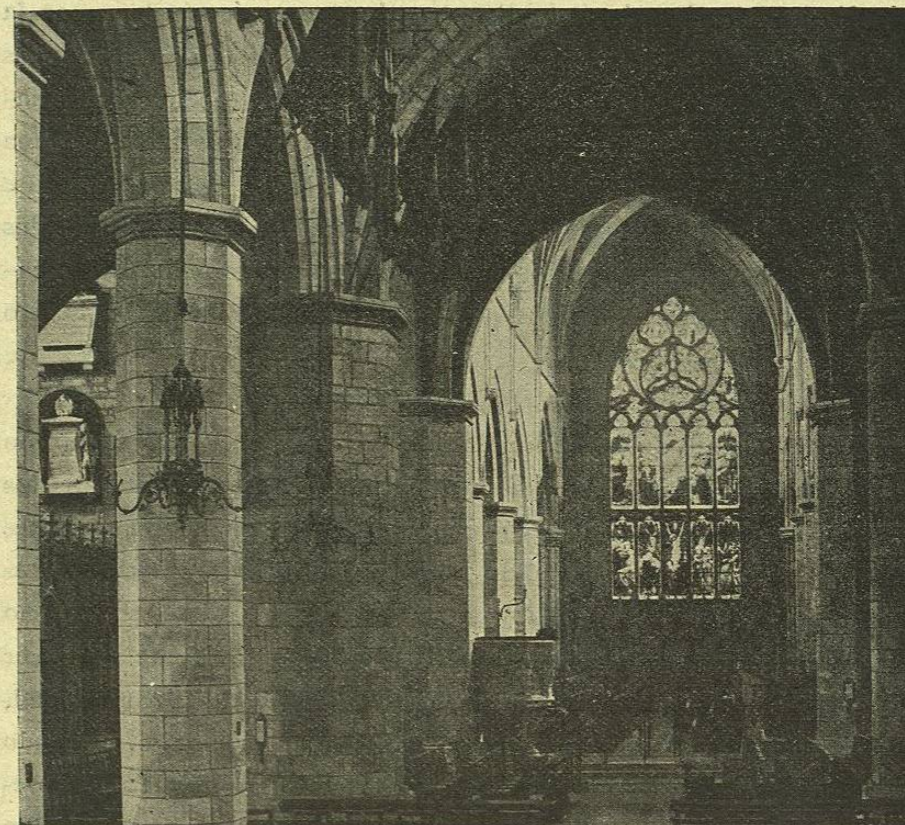
Grande fué el contraste entre las dos formas que la revolución religiosa tomó en Inglaterra y en Escocia. En el reino del Sud había sido aceptada, dirigida, contenida por la monarquía, y, bajo sus órdenes, por la nobleza y los prelados fáciles, pero sin que hubiera solución de continuidad, puesto que los antiguos templos habían sido conservados sin cambios para el nuevo orden de cosas y el ceremonial, los libros y los cánticos sólo se habían modificado ligeramente. En Escocia se produjo la crisis por un impulso más natural, procedente de la voluntad misma de una gran parte de la población relativamente instruída, que comprendía la burguesía, los segundones de las familias nobles, el clero pobre y hasta frailes, los agustinos y los dominicos<sup>2</sup>. Sin embargo, el movimiento de conversión fué mucho más tardío que en el resto de la Europa occidental, por el simple hecho material de la distancia, debido á que Escocia se hallaba al extremo del mundo civilizado, sobre las orillas inhospitalarias de unos mares á la sazón muy poco explorados.

Pero si la reforma escocesa fué más lenta en su desarrollo que la de la Europa central, fué, no obstante, más rígida y seria. John Knox, el apóstol más celoso de esta evolución religiosa, conocía la miseria bajo todas sus formas, y hasta había remado dos años en las galeras francesas; en Ginebra, bajo la mirada del maestro, se había penetrado de la doctrina intransigente de Calvino; cuando volvió á su país, fué casi como conquistador y no solamente como predicador. Ante todo se midió con la reina regente de Escocia y la «monstruosa» María de Inglaterra, insurreccionando al pueblo contra ellas: prácticamente Escocia llegó á ser una especie de república, regida por pastores elegidos que frecuentemente fueron más poderosos que la corona. Knox murió en 1567, después de haber contribuído en gran

<sup>1</sup> Richard Heath, *The Captive City of God*, p. 89.

<sup>2</sup> Andrew Lang, *History of Scotland from the Roman Occupation*.

parte á la destitución de la reina María Estuardo. Cuando el entierro del reformador, el regente Morton pronunció estas palabras que muy pocos hombres han merecido: «¡Aquí reposa el que jamás tembló ante un rostro humano!»



Cl. J. Kuhn, edit.

EDIMBURGO — IGLESIA DE SAINT-GILLES DONDE PREDICABA JOHN KNOX

En cuanto á Irlanda, que en los primeros tiempos de la Edad Media tuvo una participación considerable en la introducción del cristianismo, permaneció obstinadamente cerrada á la forma nueva: le bastaba que la Inglaterra enemiga la hubiese aceptado para rechazarla. Verdad es que la reina Isabel se apoderó de los bienes del clero católico para dotar á los prelados anglicanos, pero éstos no por eso dejaron de permanecer distanciados del rebaño de fieles que se les había distribuído como arrendatarios y siervos. Estallaron rebeliones en muchos puntos, y los cuarenta últimos años del siglo XVI se



emplearon por los ejércitos ingleses en dominar violentamente ó en reconquistar la «isla hermana». La emigración, que tres siglos después había de tomar una importancia demográfica tan considerable, había comenzado ya, no en la masa popular, es cierto, sino en las familias nobles: muchos jóvenes salían de Irlanda para alistarse en los ejércitos de Francia ó de España, sin temor, ó más bien con la esperanza de haber de combatir á los Ingleses. Hasta ocurrió muchas veces que algunos emigrados, seguidos de tropas españolas, desembarcaron en las costas meridionales de Irlanda para sostener allí una guerra de guerrillas contra los invasores británicos, no viéndose libre la isla de esas partidas rebeldes hasta el año 1602. Pero reducidos á sufrir la paz, no dejaron los Irlandeses de ser los enemigos de Inglaterra, doblemente enemigos por ser doblemente oprimidos, como irlandeses y como católicos.

El movimiento de la Reforma acabó por cambiar á fondo el mismo catolicismo: al mismo tiempo que perseguían á los hugonotes, los papistas ardientes se convertían en protestantes sin saberlo. Antes del cisma, el catolicismo, fundido con el Renacimiento clásico, se manifestaba admirablemente bajo un doble carácter de «cristianismo paganizado». Religión á la vez mística y sensual, podía satisfacer las dos tendencias primordiales y contradictorias de la humanidad, que consisten en vivir á la vez en el finito y en el infinito. Cuando Lutero y Calvino, continuadores directos del áspero San Pablo, predicaron la vuelta á la sencillez del Evangelio, el catolicismo, obligado por las necesidades de la lucha á desembarazarse de los elementos paganos y de la parte artística de su vida, llegó á ser á su vez una especie de «protestantismo jerarquizado» que había perdido su razón de ser y se unía al pasado más por la tradición que por el genio<sup>1</sup>. De las dos tendencias siempre en lucha en el seno de la religión católica, la del Evangelio puro, despojado de todas las supervivencias de los antiguos cultos, obtuvo, al menos oficialmente, un triunfo definitivo. El catolicismo se depuró desde el punto de vista teológico, pero, desplazando su centro de gravedad, se alejó de la vida

<sup>1</sup> Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 488.

ambiente, y el pueblo no encontró ya en él, como en el dogma de los protestantes, más que el inconsistente consuelo de las promesas de la vida eterna, sin atenuación material de sus miserias presentes. El católico se hizo razonador y polemista para ponerse en situación de discutir con los sabios, ateos ó cismáticos; fundó nuevas órdenes que respondieron á esta nueva evolución, y experimentó en aquella época alguna vergüenza en patrocinar las órdenes menores, como los capuchinos, que, no obstante, habían contribuído más que todos los eruditos y dialécticos á la consolidación de la Iglesia católica romana. Habiendo permanecido hijos del pueblo, amigos de los pobres y pobres ellos mismos, siendo compañeros alegres y bromistas á pesar de su sombría vestidura y de sus groseras y brutales maceraciones, eran amados y hacían amar la Iglesia. Reían sin escrúpulo con los jugadores y los bebedores, golpeaban amistosamente el vientre al compadre y charlaban ruidosamente con la comadre, interviniendo en todos los asuntos de familia y de vecindad, nacimientos, matrimonios, defunciones, riñas y reconciliaciones. A ellos, como al juez de paz y al director público de las conciencias, se dirigían las gentes en todas las pequeñas dificultades de la vida. Si un filósofo hereje ó un orador ampuloso se presentaba dispuesto á «socavar las bases de la fe», el capuchino no sabía responderle, pero la multitud no le reprochaba su ignorancia, tan profunda como la suya; reía con él, y no se quebrantaba lo más mínimo su cándida fe. Sin ostentación de ciencia ni de mérito el capuchino descalzo y de barba larga ha hecho quizá más por la duración del catolicismo que los jesuitas y otras órdenes religiosas de aspecto majestuoso<sup>1</sup>.

Como es natural, la Iglesia, en su organización de casta propietaria, trató mucho menos de defenderse por razonamientos que de responder á las reivindicaciones por la poderosísima razón de la horca, del hierro y del fuego. El sabio organismo de la Inquisición funcionaba con todo el fervor de la locura que inspira la alucinación divina: el sagrado tribunal no vaciló en hacer encarcelar, torturar y quemar, más cuidadosos quizá de ver al fuego devorar los libros que los escritores mismos. Julianillo, por haber introducido en Es-

<sup>1</sup> Martin Philippon, *Les Origines du Catholicisme moderne*, ps. 21, 22.



pañá ejemplares de la Biblia en lengua vulgar, estuvo preso tres años y fué atormentado y amordazado veinte veces antes de ser quemado en 1557. Según las opiniones de los historiadores y los documentos sobre que han creído que debían apoyarse, se cuenta de diverso modo el número de las víctimas condenadas al último suplicio por la Inquisición en España, sin contar las colonias. Como quiera que sea, los resultados obtenidos en la península, en Languedoc y en Bélgica por la Iglesia vengadora prueban ampliamente que la violencia empleada con método y perseverancia puede anonadar las ideas, y que éstas, cualquiera que sea su excelencia, no triunfan por su sola superioridad, sino que han de ser servidas por voluntades tenaces y durante generaciones sucesivas <sup>1</sup>.

La Iglesia, no sólo tenía á su servicio los calabozos y las hogueras, pudo disponer también frecuentemente de grandes asesinos. Las guerras llamadas de «religión», aunque las convicciones íntimas entrasen solamente por una mínima parte, ayudaron en muchas comarcas, en Francia particularmente, al triunfo del catolicismo. Los hombres de guerra se inclinaban con indiferencia á uno ú otro partido, según las probabilidades de éxito. «Un día, dice Gotz von Berlichingen, íbamos á comenzar el combate; un pastor se hallaba cerca de nosotros guardando su ganado, y, como para darnos la señal, cinco lobos se lanzaron al mismo tiempo sobre el rebaño. Yo les deseé el triunfo, y á nosotros también, diciéndonos: «¡Buena suerte, queridos compañeros; que la fortuna os favorezca en todo lugar!» Entre las ilustres víctimas de la intolerancia, han de contarse también los sabios perseguidos por odios literarios, por las envidias de los impotentes, por bajos rencores. Uno de los más grandes entre los hombres, Kepler, fué frecuentemente perseguido; su madre fué procesada como bruja, él murió de hambre. Esteban Dolet, joven aún, fué quemado porque era impresor y no observaba la ortodoxia clásica hablando de Aristóteles. Por semejante irreverencia respecto del gran hombre, primeramente infamado y después adoptado por la Iglesia, Campanella, habiéndose permitido declarar que toda novedad no es peligrosa para el dogma, pasó veintisiete

<sup>1</sup> Louis Braud, *Trois Siècles de l'Histoire du Languedoc*.

años en los calabozos. Giordano Bruno, que, entre otras herejías, oponía al mundo finito de Aristóteles el mundo infinito en eterna evolución, fué quemado vivo. Velázquez no pintó el desnudo, sino en una Dánae un año antes de su muerte, porque la Inquisición lo prohibía <sup>1</sup>. Sin embargo, algunos escapaban, como El Tasso, Montaigne y «su otro yo», La Boetie, muerto antes que su obra, la sen-



ESCENA DE LA SAN BARTOLOMÉ

cilla y grandiosa *Contra uno*, fuese conocida. Algunos usaban ciertos recursos de habilidad y de astucia, y otros recurrían á procedimientos indignos cuya exposición causa profunda pena: se vió á un Enrique Estienne, que para librarse de la hoguera denunciaba, desde el fondo de su retiro, á sus propios amigos que no pensaban como él <sup>2</sup>.

La «Compañía de Jesús» nació enfrente del protestantismo, y se dió por misión, no sólo defender la Iglesia y exterminar sus enemigos, sino también conquistar el mundo para ella. Una obra de tal importancia había de tener por iniciador un hombre de sinceridad

<sup>1</sup> Anatole France, *Le Jardin d'Epicure*.

<sup>2</sup> Theo. van Rysselberghe.



perfecta y de inquebrantable voluntad. Ese hombre valiente, un vasco, Iñigo López de Recalde, conocido en la historia bajo el nombre de Ignacio de Loyola, tomado del palacio donde nació en 1491, fué contemporáneo de los reformadores, y como tal sintió los ímpetus de la cólera. Habiendo sido herido gravemente en la defensa de Pamplona, consagró sus armas á la Virgen María y juró hacerse para lo sucesivo el campeón, no de un rey, sino el caballero de la Reina de los cielos. Después distribuyó sus bienes y comenzó el combate espiritual en Palestina, en Roma y en París, donde encontró á Láinez y otros con quienes discutió los principios de la orden que quería fundar. Hacía ya algunos años que los jesuítas habían preparado su obra, cuando fué definitivamente instituida en 1540, y Loyola, general de la Sociedad, fué también su más humilde servidor, dedicándose á la educación de los niños y á la colecta de las limosnas.

A los tres votos de los otros frailes, pobreza, castidad y obediencia, los discípulos de Loyola añadían un cuarto, el de «consagrar su vida al servicio constante del Cristo y de los soberanos pontífices, de servir como guerreros bajo la bandera de la cruz, de no obedecer más que al Señor y á su representante en la tierra y de cumplir sin vacilación ni recriminación todo lo que los papas les ordenaren por la salvación de las almas y por la propagación de la fe, cualquiera que fuese la comarca donde fueren enviados». Los papas, que veían entonces naciones enteras abandonar la fe católica, acogieron con entusiasmo la nueva tropa que se les entregaba en cuerpo y alma, y le aseguraron todos los privilegios que les era posible conceder, aun aquellos que sólo dependían de los soberanos temporales. Los jesuítas tuvieron desde su origen á la vez los derechos del religioso y los del sacerdote: quedaban declarados independientes del obispo y del fisco; aparte del papa y del general de su orden, no reconocían ningún superior, recibían el poder de ligar y desligar, de perdonar los pecados, de modificar la forma de los votos de abstinencia, de colocarse sobre las obligaciones impuestas á todos los otros religiosos ó sacerdotes y de adornarse con títulos académicos no obtenidos por la vía regular: en una palabra, podían cambiar el mal en bien, la mentira en verdad, y recíprocamente.

Considerada en su conjunto y de una manera general, la orden de los jesuítas, que se reclutó siempre con extremada circunspección, comprendió que el verdadero método de defensa consistía en atacar. En las comarcas donde la fe católica no había sido quebrantada, como en España y en algunas otras partes de la Europa occidental, esta política de agresión era fácil, ya que bastaba conservar los tribunales inquisitoriales y alimentar sus cárceles y sus hogueras



IGLESIA DE LOYOLA EN EL PAÍS VASCO

Cl. J. Kuhn, edit.

con todos los hombres sospechosos ó convictos de herejía; pero en países disputados enérgicamente por el protestantismo, ó, lo que es más grave, por las reivindicaciones sociales, había de obrarse con prudentes rodeos. Ante todo, importaba á los jesuítas la conquista del poder, no directamente y por medio de una lucha franca, como lo ambicionan actualmente los socialistas de Estado, sino indirectamente, por un concurso de influencias y de voluntades convergentes todas hacia el mismo fin y acabando por dominar á los soberanos más orgullosos de su poder y por imponer la misteriosa dominación del Gesú. Y para dominar en los palacios, en ese mundo de lujo, de caprichos, de mentiras y de intrigas, no había que temer el empleo sin vacilación ni remordimientos de medios análogos á los que se habían de combatir, y sobre todo era preciso disponer de un ejér-